EJEMPLARIDAD DE LAS TRES NOVELAS EJEMPLARES DE MIGUEL DE UNAMUNO

LA AGONÍA fundamental de la cual deriva el *sentimiento trágico de la vida* cobra en Unamuno formas agudas, obsesionantes. Llega a los límites de la razón y de la fe, allá donde una excluye a la otra y donde no queda más que el dolor y el espanto.

Unamuno se siente invadido por "ese sentimiento hipnótico del mundo y de la vida",[1] haciendo el descubrimiento alucinante, igual que Borges, de su condición de mero simulacro.

Un posible punto de partida en el discutir la *ejemplaridad* de las novelas *ejemplares* se halla en esta misma trágica pero rebelde abdicación de Unamuno de lo absoluto y eterno a lo propiamente relativo y efímero.

Si nuestra misma conciencia es un sueño —¿de quién?— hay que soñar nuestra vida que es sueño, hay que imaginarnos, hay que *hacernos,* hay que existir a través de nosotros... *también,* y eso es imprescindible, hay que imponer el sueño soñado por nosotros a los otros, a los demás...

La esencia del dramático ser existente —en carne y huesos o en la ficción del autor ("Porque don Quijote es tan real como Cervantes" [2])— llega a ser la voluntad.

El ser existente, desvestido de todo lo que significa aparato —es decir realidad material, *aparencial*— es sencillamente una conciencia agónica en ella misma y antagónica para con los demás seres, igualmente desvestidos, faltos de aparato. La única realidad verdadera —"realidad real" [3]— de cada uno es la profundamente interior, profundamente *personal.* Todo sale de cada ser existente en parte y vuelve al mismo ser. El círculo se cierra y se profundiza, las existencias se separan, aislándose dolorosamente en sus lindes y hondura, según las conciencias que las determinan.

La sed ontológica de extensión se opone trágica y antagónicamente a la necesidad vital de cada ser de atornillarse en sí mismo. Esta per-

---

1 Miguel de Unamuno, *Ensayos,* vol. I. Aguilar, 1966, p. 583.
2 *Tres novelas ejemplares y un prólogo.* Austral, 1964, p. 13.
3 *Idem,* p. 12.

manente *agonía* define y separa a los seres existentes —que existen— de los que sólo viven biológicamente.

Conforme a su visión, Unamuno completa la teoría de Oliver Wendell Holmes sobre los tres Juanes y tres Tomases con el descubrimiento de una personalidad existente del *agonista:* el que *quiere* ser o el que *no quiere* ser. El agonista sabe dentro de lo más profundo de su ser que sólo *queriendo,* él puede existir, burlándose de la *niebla.* Cargados de *voluntad,* los seres existentes —*volitivos*— demuestran su propia viabilidad exclusivamente a través de la *voluntad* o de la *noluntad.* Su existencia es una lucha rebelde —*agonía ejemplar*— contra la condición ficticia del hombre, "sueño de una sombra";[4] la voluntad no es más una virtud moral sino el profundo resorte ontológico que separa la *existencia* de la *vida.*

Los protagonistas de las *Tres novelas ejemplares* son *agonistas;* el autor llega con su análisis en estas novelas —perfectamente incorporables a las *novelas personales* de Unamuno discutidas por Julián Marías[5]— a la misma manera de ser, de existir, del agonista, ser existente. Llega hasta a la *persona* esencia escondida, disimulada, que sale de las profundidades del ser, que es fluida, casi energía, más allá de lo subconsciente, imposible de abarcar en su completo movimiento, apenas comprensible —a veces— a través del *personaje* (el que se mueve en la vida cotidiana, *aparencial*); el voluntarismo existencial de la persona puede a veces enfrentarse dramáticamente con el vivir social del personaje en un antagonismo que puede ser fatal en su desenlace.

La manera de ser de Raquel es su voluntad frenética de ser madre. Su deseo de maternidad es una obsesión que traspasa la zona de los sentimientos; no procede del amor para el hombre con que vive y tampoco del cariño para los niños. Tener un hijo significaría para ella el cumplimiento de una voluntad anhelante y jadeante, enterrada en su misma persona, "en el corazón del alma".[6]

Al no cumplirse su voluntad —su deseo— ella no se siente invadida por la tristeza o la nostalgia: se apodera de ella algo como un fanatismo destructor para todo lo que no significa su voluntad. Su agonía procede de un fracaso ontológico: "¿Sabes dónde está el infierno?... en el centro de un vientre estéril..."[7] prorrumpe ella. Raquel *agoniza* obsesivamente como una fanática, para salvarse de este infier-

---

4 *Idem,* p. 23.
5 Julián Marías, *Miguel de Unamuno.* Austral, 1965.
6 Miguel de Unamuno, *Tres novelas ejemplares.* Ed. cit., p. 29.
7 *Idem,* p. 32.

no que la está matando, señalándole que no es lo que quiere ella ser sino que es nada más que lo que creen los demás que es, es decir, Raquel la viuda estéril, pero ella ¡quiere ser Raquel la madre!

Toda su sustancia está en esta feroz voluntad. Y cuando se cumple su voluntad, Raquel no demuestra ser feliz o alegre. Queda igual. Persevera en su voluntad de ser madre. Se apodera, con avidez brutal, del ser que significa el cumplimiento ideal de su obsesión de siempre, y también el objeto de su perseverar en ser lo que logró ser: madre por el espíritu y la voluntad.

Raquel la madre —la *persona*— ha salido victoriosa de Raquel la viuda estéril —el *personaje.*

Su yo invade codiciosamente el espacio del yo que vive en su ambiente. Absorbe de don Juan lo esencial de su vida: "...se le había agarrado y le retenía en la vida que queda, no en lo que pasa." [8]

El espacio de don Juan está estrechándose cada día más y más: "¡Esta mujer me matará!"; [9] su esencia —la voluntad— se pierde devorada por la de Raquel, su yo se enajena, porque la voluntad de Raquel, es decir la voluntad de otro yo, llega a ser su esencia, falsa pues él no la quiere, se le está impuesta.

Si el don Juan de Tirso de Molina es según lo define Unamuno víctima "de la vaciedad de su inteligencia",[10] el don Juan unamuniano se podría decir que es víctima de su falta de voluntad. Los dos son héroes de la vaciedad, faltos de esencia.

El infierno de Juan es la esterilidad de su alma incapaz de forjarse, una esterilidad aún más tremenda que la física, *aparencial,* de Raquel. Se le podría decir, como le decía Carolina de Lumbría a Tristán, que es el *hombre caído,* es decir el que ha pecado por no haber cumplido con su deber de ser existente: no ha perseverado en crearse, soñarse, *hacerse.*

Juan sale del crepúsculo del vivir sólo cuando despierta en su alma el anhelo de salvarse, de salir de aquel infierno; se convierte en *agonista:* quiere no ser.

Se puede considerar que Raquel y Juan, los dos héroes volitivos, de *voluntad* y *noluntad* son: "ejemplo de vida y de realidad"; [11] los dos gozan de la realidad más íntima y real: "con la que se dan ellos mismos,

---

8 *Idem,* p. 29.
9 *Idem,* p. 30.
10 *Ensayos,* II. Ed. cit., p. 477.
11 *Tres novelas ejemplares.* Ed. cit., p. 11.

en puro querer ser o en puro querer no ser..." [12] Son seres que se han forjado una existencia, a pesar de su insustanciabilidad, contra y a través de la insustanciabilidad de la existencia. Son *agonistas* que han cumplido con su deber de seres existentes.

Pero su acto de creación es estrictamente individual; han soñado su propia vida (que es sueño); por eso su ejemplo no supera lo cotidiano, lo trivial existencial; su ejemplo no se eleva a la ejemplaridad sublime.

Ejemplo de existencia ejemplar será la existencia de Julia.

Grave y romántico, Unamuno une el tema de la muerte al de la existencia sublime a través del tema del amor.

El amor —cuando es sueño de amor— no es más un sentimiento que pasa huidizo a la superficie de la conciencia y sin modificar la estructura del yo que lo está soñando. El amor cuando es esencia del ser, no es ni alegría ni tristeza. Es la misma manera de ser, de existir. Es definitiva y grave como cualquier otra determinación ontológica. Por eso, a través de tal amor existe y muere el ser existente; a través de tal amor se realiza como tal y realizándose, paga el tributo debido a la muerte, suprema realización cuando nace de un amor realizado.

Y el amor de Julia y de Alejandro ha sido un amor cumplido, realizado. Los dos morirán por y a través del amor.

Ella morirá por haberse derretido toda la fuerza vital, toda la voluntad jadeante y anhelante, toda su esencia en el inmenso esfuerzo creador del amor, sustancializando el sueño que es Alejandro, nada más que su hombre, el hombre soñado, creado, hecho por ella. Por eso, la muerte de Julia significa entrega y creación, integrándose en el perenne ciclo de la existencia.

La muerte de Julia significa la coronación sublime de la conciencia humana que ha logrado superar su condición efímera, salvándose de la nada, a través del poder creativo del sueño soñado y hecho ente —¿de realidad o de ficción...?—; por eso, al morir, Julia brillaba como nunca: "...Nunca la vio tan espléndida." [13] Su muerte es fruto de la suprema realización.

Sólo el amor de Julia, su agonía interior, toda dirigida hacia Alejandro lo van a crear a éste como ser existente e implícitamente agónico en su voluntad de perseverar en lo que ha logrado ser: un sueño de amor, capaz de amar: capaz de existir. Los intentos desesperados de

---

12 *Idem.*

13 *Idem.*, p. 159.

Alejandro de salvar a Julia de la muerte, no son más que esta voluntad frenética de perseverar en sí mismo. Porque él es Julia y Julia es él. Su fusión es completa. Se han creado y *re-creado* el uno al otro.

Su unión —tan perfecta que es una mezcla en la cual las individualidades se pierden— es maravillosamente presentada en la escena de la agonía biológica de Julia.

Julia, la que se está muriendo, es silenciosa, susurra y murmura, y Alejandro, el que no muere, "...estalló en secos sollozos, en sollozos que parecían un estertor..." [14] Los síntomas de la muerte biológica pasan del uno al otro, porque él es ella y ella es él.

La ejemplaridad de las *Tres novelas ejemplares* puede ser comprendida —y admitida— sólo por el credo de toda una vida de don Miguel de Unamuno:

> Y por el que hayamos querido ser, no por el que hayamos sido, nos salvaremos o perderemos. Dios le premiará o castigará a uno que sea por toda la eternidad lo que quiso ser.[15]

Porque *el que hayamos sido* podía de hecho no haber existido nunca; podía haber sólo vivido, borrajeado y amorfo, *crepuscularío* y nebuloso, sueño incierto y sin fuerza... ¿sueño de quién...?

¿Qué premio o qué castigo puede haber para el que ha sido, sin serlo, Tristán, si él no ha querido ni siquiera no ser?

Ejemplos ejemplares de vida son para Unamuno solamente las que han forjado una existencia, a través de un anhelo —voluntad— agónico incesante.

Ejemplares —en el sentido de escarmiento— no lo son estas tres novelas ejemplares; no proponen escarmientos morales y tampoco estéticos. Quizás al contrario. Pero presentan de manera ejemplar modelos de existencia ejemplar: seres que han sabido querer ser —o querer no ser— y han vencido a la vida y a la nada forjando existencias. Han salido victoriosos.

La ejemplaridad de las tres novelas ejemplares es, pues, estrictamente existencial: la existencia, resultado del querer volitivo, es tal como nos la representan Raquel —y en un nivel superior Julia (el nivel del creador de sueños)— porque no puede ser otra; no se puede definir como tal de otra manera. Si fuera otra cosa que anhelo y agonía no sería más existencia, sería nada más que vida, que nebulosa biológica.

---

[14] *Idem.*, p. 158.
[15] *Idem.*, p. 14.

Sin *agonistas* —luchadores— las novelas hubieran cesado de ser "ejemplo de vida y de realidad".[16]

La posterioridad del prólogo... ("Este prólogo es posterior a las novelas que precede y prologa como una gramática es posterior a la lengua que trata de regular..."[17]) subraya el carácter de espejo de la realidad más personal que tienen las dichas tres novelas: es decir la realidad de la existencia de cada *yo* individual.

IOANA ZLOTESCU-CIORANU

Universidad de Bucarest

16 *Idem.*, p. 11.
17 *Idem.*